

AÑO VII
Nº 264

LA MARCHA «AUX FLAMBEAUX

Aspecto que presentaba la calle Cerro cuando la manifestación bajaba á saludar al señor President de la República

POR CARLOTA BRAEMÉ

fuerza por senda muy distinta de la que él imaginara. Por eso, el conde sentia celos, pero no hacia determinada persona, sino que lo agitaba un sentimiento egoísta, y de odio á la sociedad, que le robaba todas las atenciones de su esposa. En resumen: el conde de Lin, aunque tarde, se dió cuenta del error cometido al efectuar su matrimonio con el que se proporcionó un verdadero desengaño.

En cuanto á Bibiana, pronto comprendió su desdicha. Sólo sentia indiferencia hacia su marido, pero agradecida por haberla librado de las persecusiones de su madrastra se resignó con su suerte, y propúsose amargar lo menos posible la existencia del que le diera nombre y honores.

Pero desde que la hermosa española, conoció á Ridal, todo cambió para ella Lánguida y triste, contemplaba la linda joven la encorvada figura de su marido y su alma experimentaba un sentimiento de hondo pesar al acordarse de su destino Tan hermosa, tan acostumbrada á esclavizar corazones, sentiase lastimada en su amor propio, al presentarse en público con el anciano conde á su lado; y.. ¡ah! nada hay que mortifique más que el despecho de la vanidad herida: así, que no es extraño, que la joven, desde que se creyó amada por Lionel, lleno de juventud y vida como ella, soñara en felicidades futuras, y en la ansiedad de gozar de ellas cuanto antes, pasara horas enteras discurriendo el modo más fácil de introducir al joven en su casa.

La casualidad, que generalmente favorece á los enamorados, hizo que un dia Bibiana y su marido fueran á dar un paseo en carruaje por el parque. Encontraron los esposos á la duquesa de Irene, que en compañia del señor Ridal se aproximaron al coche de los condes; el carruaje se detuvo y co o era natural, la duquesa hizo al conde de Lin, la presentación de Lionel.

Con toda la elocuencia que podian expresar los bellísimos y negros ojos de la condesa dijeron claramente al joven: «No se ocupe usted de mi en este momento, trate de captarse la simpatia de mi esposo»; por lo que Lionel, usando de todos los recursos imaginables, y ayudado por la misma Bibiana, que de vez en cuando tomaba parte en la conversación, consiguió hasta atraerse las simpatias del conde, hasta el extremo de que al despedirse, le dijo éste con agrado:

—Señor Ridal, el viernes próximo esperamos á comer á varios amigos y tanto la señora condesa como yo, tendremos un placer especial en que nos favorezca usted con su presencia.

El joven, con propia y delicada discreción, contestó al conde:

—Tendré sumo gusto y me consideraré muy honrado en aceptar, si algún compromiso contraído anteriormente no me lo impide.

Y saludando graciosa y cortésmente á los condes, se retiró, acompañado de la duquesa

—¿Dónde lo conociste? Bibiana, preguntó el conde, después de haberse retirado la duquesa y el señor Ridal.

—En el baile de la duquesa y por casualidad, me lo presentó el coronel Jont, contestó Bibiana aparentando indiferencia.

—Pero, nada me habias dicho.

—Crees acaso que puedo acordarme de los nombres de todas las personas que me presentan.

—No quiero decir eso, querida mía, repuso el conde con agrado, pero los distinguidos y finos modales del señor Ridal, dificilmente pasan inadvertidos para nadie. A mí me agradaria muchísimo cultivar su amistad.

La condesa casi se asustó por el éxito obtenido, pero pronto recuperó la tranquilidad al pensar en las muchas horas que pasarian reunidos, llenas de amor y felicidad.

Al siguiente día, el conde muy satisfecho, leia á su esposa un elegantísimo billete, en el que Lionel le participaba, que deseoso por su parte de complacerlos, y muy agradecido por la cordial acogida de que fué objeto, tendria el gusto de asistir á la comida.

CAPÍTULO XX

Bibiana vió con júbilo la presentación de Lionel á su marido, el dia que lo encontraron en el parque; pero fué mayor aún el placer que experimentó al pensar en el cercano dia en que por vez primera iba á ir el joven á su casa. Todo habia salido á medida de sus deseos, y hasta el mismo conde, sin sospecharlo, al invitar á Lionel proporcionó á la hermosa española cuanto ambicionaba. Hasta entonces, á pesar del lujo y riqueza que se observaban por todas partes, Bibiana consideraba su casa como una prisión, pero desde el momento que tuvo la seguridad de que su amado Lionel podria ir á visitarla, se aparecia á su vista como un frondoso jardín, en el que rebosaban los idilios amorosos.

La condesa estaba aquella tarde más hermosa que nunca. Su vestido, de color de paja, con encajes riquísimos del mismo color, y cuyos pliegues disimulaban formas, modeladas como las de una Venus, caía en elegantes ondas hasta el suelo, y envolvía á la joven, como á las estatuas griegas las airosas ropas que componen una sola masa con el pedestal. No llevaba joya alguna, como para hacer resaltar más la belleza de las flores que la adornaban con profusión, y Lionel, que la encontró verdaderamente encantadora con el brillo de sus ojos y lo exquisito y gracioso de su conversación, aunque ésta como es de suponer fué general, quedó deslumbrado ante el poder de tanto hechizo.

La comida fué deliciosa; no sólo por el lujo con que fué servida, sino por lo delicado de sus manjares. Bibiana, en toda ella atendió á los convidados sin hacer distinción con Ridal; pero al terminar, y mientras los demás convidados, en unión del conde, se dirigieron al salón, la condesa so pretexto de sentir calor y enseñar al

A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.--Cuando no reciban con regularidad el periódico, reclamen inmediatamente por escrito á la Administración á fin de dar cuenta al señor Director de Correos, quien está empeñado en organizar debidamente el servicio. No se atienden reclamos pasados 15 días.

Director-gerente Arturo Salom

Administrador: AGUSTIN SALOM

LA ALBORADA

DAYMAN, 52 MONTEVIDEO R. O. del Uruguay

SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES

FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896

Teléfono "Cooperativa" número 615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por mes	ps. 0.50	Número suelto (atrasado)	ps. 0.30
Por semestre adelantado	» 3.00	Por un año adelantado	» 5 00
Número suelto (los sábados y domingos)	» 0.10	Exterior. Por año adelantado	» 7.00
» » (de la semana)	» 0.20		

NOTA—No se admiten suscripciones directas de campaña y del exterior, sin previo pago adelantado, cuando menos por un semestre. Las personas que deseen suscribirse por mes, deberán solicitar la suscripción á los señores Agentes.--La *correspondencia* gráfica debe dirigirse á nombre del director, señor Arturo Salom. La correspondencia administrativa á nombre del Administrador, señor Agustín Salom.

OTRA.--Colaboradores fotográficos de "La Alborada": Ramón Blanco, Uruguay 359; Domínguez y Peragallo, Cerro 21.

AÑO VII — **LA ALBORADA** — NUM. 264

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

DIRECTOR: ARTURO SALOM — REDACTOR: CARLOS F. MUÑOZ — DIBUJANTE: JOSÉ OLIVELLA — ADMINISTRADOR: AGUSTIN SALOM

Oficinas: Daymán, 52 — Montevideo, Abril 5 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5

Adela Villagrán

Después de una triunfal gira por Europa, ha vuelto nuevamente á sus patrios lares, la distinguida señorita Adela Villagrán, que en compañía de su interesante hermana Esperanza, esposa del doctor Evaristo G. Ciganda, cónsul de la República en la capital francesa, y de éste, ha gozado durante algún tiempo de las delicias que ofrecen los salones aristocráticos de la gran Cosmópolis, abiertos á toda mujer bonita y de las elevadas condiciones físicas y morales de Adela Villagrán.



Señorita Adela Villagrán

Su silueta esbelta, airosa, de francesa de la *garde-d'or* del París elegante, la elegancia natural de su porte, que siendo uruguaya de buena cepa hace pensar al verla en las reuniones del Bois de Bologne y el Teatro de la Ópera de la primera gran capital, su palmito delicado y puro de formas donde lucen un par de ojos bonachonamente dulces, encantadoramente sencillos que han sugestionado á más de un amante de lo bello, á más de un corazón sensible,—hace que se mire como un justo homenaje el elocuente *rendez-vous* que le dispensó la sociedad parisiense, que es uno de los mayores triunfos que puede ambicionar el pensamiento soñador de una mujer.

En la frecuencia de los paseos por el París de rumbo, Adela Villagrán tuvo la satisfacción de tratar á personalidades de nombre en la política, en las letras, en las artes, y reflejo de eso, es el hermoso álbum que ella se ha traído de allá, de allá lejos, de la ciudad señorial del mundo, como un girón de fino raso arrancado á la esquiva señora de las sumas elegancias y de las magnas exquisiteces.

Nosotros, publicamos hoy una muestra de esa joya francesa, la hermosa poesía del célebre Rubén Darío, el gran decadente que siente el zumbar del mundo de una manera tan delicada, que le han valido un cetro y una reputación de coloso en el mundo de las letras.

Hela aquí:

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA ADELA VILLAGRÁN

Dies iræ, dies illa
Solvet seclum in favilla...
Cuando quiera esa pupila...

La tierra se vuelve loca,
El cielo á la tierra invoca,
Cuando sonríe á esa boca.

Tiemblan los lirios tempranos
Y los árboles lozanos
Al contacto de esas manos.

El bosque se encuentra estrecho
Al œgipan en acecho
Cuando respira ese pecho.

Sobre los senderos, es
Como una fiesta, después,
Que se han sentido esos pies.

Y el Sol, sultán de orgullosas
Rosas, dice á esas hermosas
Cuando en primavera están:
Rosas, Rosas, dame rosas
Para Adela Villagrán!

París, 1903.

RUBÉN DARÍO.

En el campo

A borbollones salta el agua sobre el ónix de los peñascos.—Corre por pedruscos esmaltados con laminitas de talco y lentejuelas de arcilla dorada. Desde la montaña simula una cinta de plata con incrustaciones de estalactitas, nácares y záfiros.—Entre las ondas va claacoteando el iris con sus siete colores. Bulliciosamente se desliza rociando las flores de la ribera musgosa. Allá adentro, en la boca del desfiladero, los cerros se chocan con las crestas nevadas. Los aludes se precipitan con estrépito de artillería.—Ruedan por el suelo guedejas blancas de sus cabelleras de nieves eternas. Los pájaros se espulgan, sacuden su pereza, y vuelan de árbol en árbol, de cerco á cerco, trinando en coro, la melodía de los bosques. El himno de la fruta madura. —Febo, en la canícula plutónica, fecunda los senos ubérrimos de la tierra.—El germen explota. —Se siente en el aire, el sabor de los amores silvestres — Veranean en los pantanos á la pesca de insectillos, las mariposas multicolores. —Se huele á la miel de las abejas, y un golpe de hacha repercute en el espacio— Arriba, en el mogote, se distingue la diminuta silueta del victimario. —Es un hombre que acopia leña para el rancho. Le pesan como grilletes las hojotas al moverse.—Le azota el viento el pañuelo que lleva al cuello.—El enhiesto algarrobo está para caer sobre el ara, —como un veterano que ha dado toda su savia á la naturaleza.—Presenta el aspecto de un gigantesco esqueleto — Sus largas ramas, como brazos de un muerto, se estiran secas, demacradas, impetrando clemencia. — Nada. Es un árbol sin flores, sin hojas, sin frutos, sin savia... caerá.—Los golpes del hacha se repiten. —El bosque se puebla de agonías—Los pájaros cantan al dolor. Las abejas clausuran las celdas de su monasterio —Y se sacuden nerviosamente—El paisano, junto al tronco, mira de hito en hito, las heridas abiertas en aquella lucha del trabajo. Apenas si sangra un poco de maleza—la savia corrompida del viejo decrépito.— Y enciende un cigarro que fuma para echar bocanadas de humo por boca y narices—El incienso del sacrificio—La soledad del paraje tiene aires de Tebaida—Está solo el verdugo con la víctima—Nadie los ve—Abajo, en el pasto verde, ha quedado el mancarrón para llevar la rastra de leña—Un otro golpe asestado con firmeza, da precisamente en la pulpa del árbol—Cruje todo entero como si entregara ya la vida á las parcas: El esqueleto siente los vértigos del hacha parricida—Por la quebrada, estremecimientos extraños desmoronan los pedruscos de las laderas ó pequeñas sendas. Los animales silvestres se escurren entre el matorral: En el boscaje cantan los zorzales un himno solemne— Soplan en las flautas de su garganteo y dan las notas de un *des profundis* — Las aves también comprenden el sacrificio, y despiden al árbol que se derrumba al golpe del hacha—En sus copas ellas anidaron, y á su sombra, huyeron del vendaval y la lluvia torrentosa — Por eso están con las arpas destempladas — El paisano prosigue su obra devastadora—Acompaña cada hachazo, con un quejido de su pecho, semi-estertóreo, como para herir más en lo hondo—El tejido fibroso del árbol exuda la última gota de savia—Le ha llegado al alma—Aquel, lo mira, examina su copa seca y desteñida, como una casa vieja, y se promete una buena carga de leña —Jadeante y sudoroso, arremete con más fuerza.—El árbol se balancea, casi sin base—Como un lamento se escucha el crujido de la ramazón. Aunque viejo, cuéstale doblar la cerviz en su altivez secular—El paisano mójase las manos—como Pilatos—las corre por el cabo del hacha y se dispone al festín del buitre, á la hartura de la hiena—Nadie presencia aquella oblación á campo raso: Las águilas pululan en el espacio infinito—Se destejen las pasionarias de las ramas, con crujidos de seda en un cuerpo rígido—Algunos nidos viejos caen á tierra en el tembleque nervioso de las ramas—Las víboras discurren por la hogarasca con la ponzoña en el colmillo—La quebrada en el silencio del mediodía — El sol en el apogeo del meridiano—Rumia perezosamente el buey, espantándose los mosquitos con la cola—Triscan los cabritillos como acosados por la fiebre del baile macábrico, en el dorso de la montaña—A lo lejos, el eco de una voz humana, llama al rancho, al paisano. En ese momento emparalela de punta las orejas el bruto —Sonríe despreciativamente el paisano. Vuelan asustados los pájaros, y el vetusto algarrobo, inclina llorosamente la copa, y cae como un viejo general en el campo de batalla—las lianas y las enredaderas silvestres, confunden sus vibraciones de pequeñas almitas, con los susurros del aura que lleva la noticia del desastre.



Andrés S. Dalmau, distinguido violinista

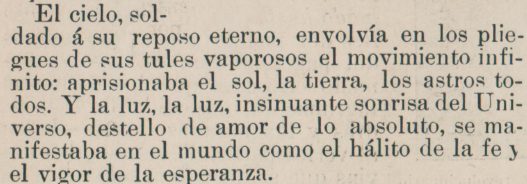
JUAN JOSÉ VÉLEZ.

Bíblica

Había ya tronado siete veces en la homogeneidad absoluta del vacío, en la eterna indiferencia del no-ser la soberana voz de Jehová:.. Hágase la tierra;... Hágase el cielo;... hágase la luz... De la infinita vaguedad del caos, surgido había, la ley, el orden, el sistema; del seno de lo informe, la fenitud, el vínculo, la configuración. La tierra viajera abandonada á la irresistible impulsión de su destino, trazaba círculos y más círculos, buscando con la tenacidad de la inconsciencia el inescrutable principio de su fin. El cielo, soldado á su reposo eterno, envolvía en los pliegues de sus tules vaporosos el movimiento infinito: aprisionaba el sol, la tierra, los astros todos. Y la luz, la luz, insinuante sonrisa del Universo, destello de amor de lo absoluto, se manifestaba en el mundo como el hálito de la fe y el vigor de la esperanza.



Aspecto que presentaba la calle 18 de Julio al recibirse las noticias de la paz



—Aún no está perfecta la obra—dijo Jehová.

Su voz vibró terrible en el espacio poblado de mundos, llevando hasta los más recónditos ámbitos del Universo el severo descontento de su autor.

—Aún falta la suma de todas estas perfecciones, la fórmula integral de estas bellezas, la síntesis infinita de la Creación: aún necesito amarme en una sola existencia que sea á la vez la definición del mundo y mi orgullo de Dios.

Entonces, en el dominio de la existencia positiva surgió la mujer.

—

Nadie lo ha dicho, pero desde entonces también existen para el hombre dos misterios impenetrables, dos incógnitas insolubles: la *divinidad* y *la mujer*.

J. I. GOYENA.

Safo

SONETO

Es la mujer lesbiana; su lamento
De Mitilene en la extensión resuena,
Con la intensa amargura de la pena
Que conturbó su insomne pensamiento.

Llegó la noche y se escuchó un momento
De aquella blanca y celestial sirena,
Una armonía de congojas llena
Sobre las alas del dormido viento.

¡Faón!—su labio suspirante gime.
En la expresión de su dolor sublime
Al mar la cuita de su amor refiere;

Y en brazos de su loco desvarío,
Desde el peñón de Léucades sombrío
Se precipita en el abismo y muere...

HORACIO F. RODRÍGUEZ.

Ojos azules

Si el espacio se encuentra oscuro y frío
Del alto azul tras el ficticio velo,
Tú que en los ojos tienes todo un cielo,
Tienes tras de los ojos el vacío...

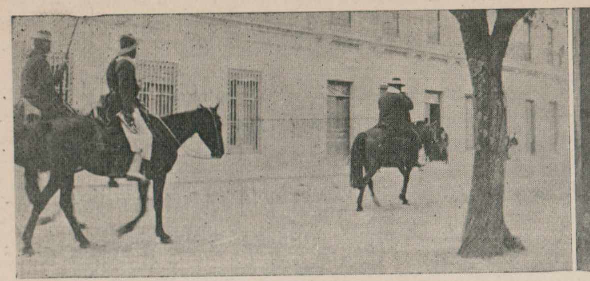
Tras el velo celeste ¡oh amor mío!
Existe un Dios para el creyente anhelo;
Y los astros, sin fin, tienden el vuelo
Donde el reino de Dios niega el impío...

Pero tú siempre, con imbécil calma,
Yerta al placer y yerta á los enojos,
Inmóvil, muestras la aridez de tu alma.

Y así detrás de tus pupilas bellas,
Y así detrás de tus azules ojos
¡Hay un cielo sin Dios y sin estrellas!

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

La insurrección nacionalista


El coronel González saliendo de Porongos á la cabeza de la revolución


La Urbana aprestándose para marchar


Partida revolucionaria entrando á Porongos


Revolucionarios en el patio del cuartel de Flores

Como un complemento á nuestra información al número anterior y en el deseo de que nuestros numerosos lectores se puedan dar cuenta de una manera aproximada del levantamiento nacionalista, publicamos hoy algunas notas más de jefes y personas que han tomado parte en ella de una manera ú otra.

Nuestro corresponsal fotográfico en Flores, don Francisco Agulló, nos ha mandado las cuatro fotografías sobre el alzamiento de Porongos, capital de Flores, que ofrecemos á la cabeza de esta información.

Por ellas se ve á paisanos y milicias en franco apresto revolucionario, armados de buenos fusiles y caballos no despreciables, en los últimos preparativos y primeras maniobras para hacer la patriada que llevaban escrita en la divisa blanca de los chambergos y en los pañuelos celestes ó blancos terciados á la espalda.

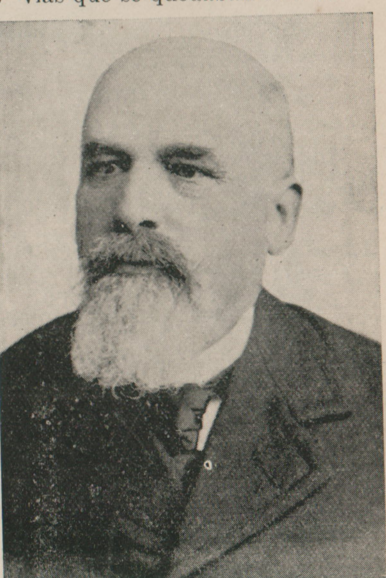

Dr. Arturo Berro, revolucionario

Por suerte para unos y para otros, la cosa no pasó de un *paseíto armado hasta los dientes* por las calles del pueblo y por los campos del pago, sin que se haya derramado otra cosa que las cariñosas lágrimas de despedida de las madres y las miradas desconsoladas al verlos partir, de las cuitadas novias que se quedaban solas...


Teniente coronel Basilio Muñóz (hijo), revolucionario

A estas horas el aspecto de Flores así como el de toda la república se ha transformado: la carabina y los deseos guerreros se han trocado por la herramienta del trabajo y los propósitos más halagüeños del progreso, que es lo que necesita nuestra república para bien de ella y de todos sus hijos.

Hemos recibido, además de las que hoy publicamos, otros vistas sobre los mismos sucesos de nuestros corresponsales de campaña, que no publicamos por falta de espacio.


Coronel Ramón Batista, revolucionario

Amistad...!

¿La amo ó la odio?

Su indiferencia es grande para amarla; mi corazón muy generoso para odiarla.

Pero en un momento terrible me dijo:

—Entre los dos sólo puede haber amistad.

—¡Amistad!—exclamó mi corazón que ya sentía rugir en sí una desecha tempestad.

Y los ojos de la bella ingrata repetían . .¡amistad!... con su mirada de nieve.

Y yo sufría como jamás espero sufrir.

Una lágrima candente dejó un horroroso surco en mi pálido rostro.

Lloraba lo que llora un hombre: ver su corazón abismado en la nada.

Mi beldad derramó otra lágrima de fuego.

¡Oh! ¡qué alegría! . Los pedazos inanimados de mi corazón se reanimaron y sintieron que un rayo de felicidad mataba su dolor.

Mas, nó . . ¡Locura gigantesca!

La cruel lloraba por que yo no lloraba por ella.

¡Qué abismo tan hondo es el corazón de la mujer!.. . ¡Qué horror experimentaría el hombre si pudiera acercar los ojos á su negro fondo!

. . . .

Han pasado cinco años

Entré, un día nublado, en una retirada ermita, colocada en el centro de uno de nuestros más sombríos bosques.

Al pié de una Virgen de mármol estaba, de rodillas, una mujer, de cuyos ojos pendía una lágrima de fuego.

—¿Qué lloras?—le pregunté.

—Lloro,—me contestó con voz vibrante—el desprecio de un hombre.

Era mi beldad de ahora cinco años.

Yo estaba vengado.

Sin embargo derramé otra lágrima tan ardiente como la suya.

¡Maldición!... . o había dejado de amarla.

—Yo también he sufrido como tú—le dije—Creía que sólo tenía lágrimas para llorar mi dolor, y ya ves, aún las tengo para el tuyo. Conóceme yo soy tu víctima.

Perdóname, fantasma de mi pasado,—replicó y lloremos juntos nuestra desgracia.

En este momento clavó su mirada sobre la mía.

La perdoné.. no pude más.

Desde entónces, ese amor impío ha sido mi felicidad y mi castigo.

HILDELBRANDO FUENTES.

J. Braña

LOS PACIFICADORES

J. Olivella

DOCTORES JOSÉ PEDRO RAMÍREZ Y ALFONSO LAMAS

El general José Villar.—Ultimas fotografías



Llegada al Salto del general Villar

El general Villar en su ataúd

Ampliando la información fotográfica que con motivo del fallecimiento del general José Villar insertamos en el número próximo pasado, ofrecemos hoy tres nuevas vistas enviadas desde el Salto por nuestro activo corresponsal señor Serafín Cañizas.

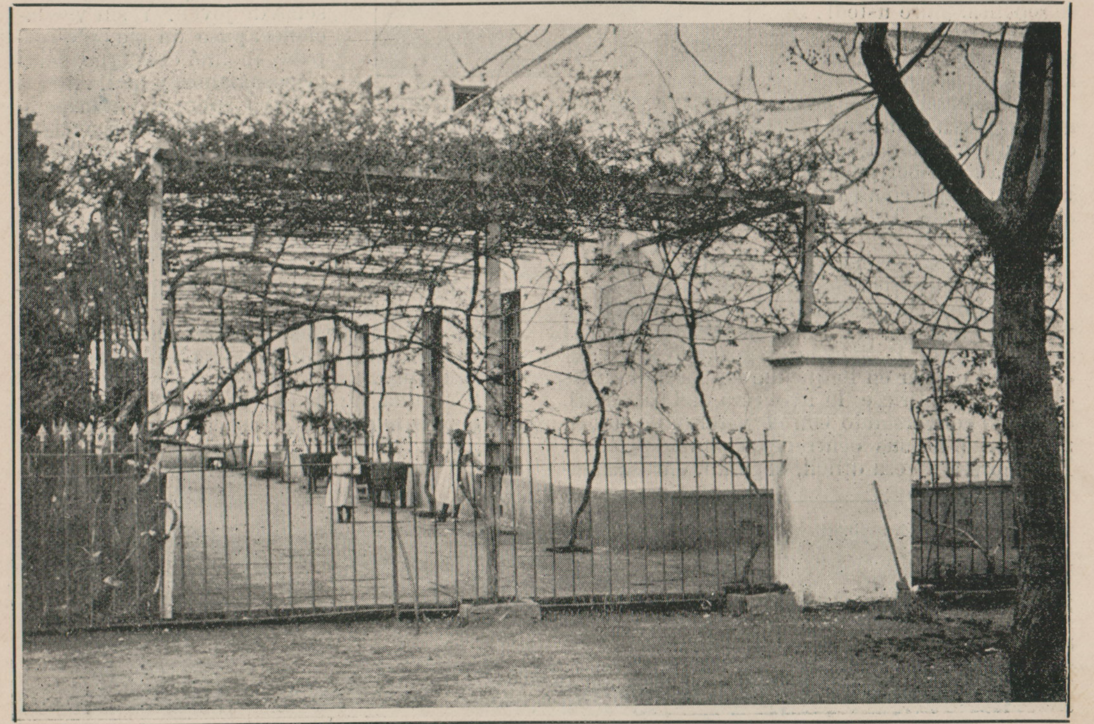
En la primera aparece el prestigioso general acompañado de su amigo el coronel Córdoba, entrando en la ciudad del Salto de regreso de su establecimiento en el Arapey. Fué sorprendido por el fotógrafo dos días antes de su muerte, que tan hondo pesar ha causado en las filas del partido colorado.



General José Villar

La segunda fotografía fué tomada en la capilla ardiente del extinto, y representa al general Villar vestido con su traje militar y cubierto con la bandera de la patria. Desde el año 1870, en que tomó la carrera de las armas, hasta el de 1897, su figuración en la historia nacional ha sido importante, conquistando en todas las acciones guerreras en que le tocó actuar, honrosos timbres de gloria que le valieron más tarde la admiración y el respeto de todos sus conciudadanos.

La tercera vista tomada, es de su estancia en el Arapey, lugar de su residencia.



Arapey.—Vista de la estancia del general Villar *Insts. de Serafín Cañizas.*

Sobre la platafoma

Obedeciendo al ¡chist, chist! lanzado por una boquirrita adorable, el ómnibus se detuvo, y casi inmediatamente, obedeciendo á una orden del conductor, el pesado vehículo echó á rodar de nuevo.

La mujercita que había permanecido en la plataforma, porque todos los asientos interiores estaban ocupados, lanzó una rápida mirada sobre un respetable caballero que iba junto á ella fumando un cigarro puro.

—«Tiene una hermosa cabeza»—pensó la jóven, y miró á otra parte, distraída.

Su compañero de viaje, por el contrario, la examinaba con ojos expresivos y codiciosos de viejo. ¡Trabajo inútil! La joven permanecía impasible, como absorta en la contemplación de los coches, bicicletas y automóviles que circulaban por el *boulevard.*

El robusto caballero, mohino de que la joven no reparase en él, tosió varias veces, y luego, como quien está distraído, la lanzó en pleno rostro una bocanada de humo. La viajera, irritada por aquella descortesía, volvió rápidamente la cabeza, mirando al indiscreto de hito en hito. Este se apresuró á disculparse.

—¡Ah, señorita!—exclamó —Perdone usted... he cometido una indiscreción que no se repetirá: ¡mire usted!..

Y con ademán noble y reposado, arrojó á la calle su magnífico *londres.*

—¡Oh, caballero!—exclamó la jóven sonriendo graciosamente—¿para qué ha hecho usted eso?..

—Era mi deber de hombre galante, señorita. Por una mujer como usted puede hacerse cualquier sacrificio. Tiene usted unos ojos hermosísimos.

—¿De veras?—contestó la viajera sonriendo.

—«Esta cae»—pensó el viejo don Juan.

Y continuó la escaramuza. Ella, entretanto, pensaba en Julio, un joven *gentlement*, que la esperaba en la *Magdalena*, y gozando por anticipado al pensar en lo que ambos reirían cuando ella le refiriese la aventura del ómnibus, continuó conversando con el veterano conquistador, riendo sus ocurrencias, animándole... La empresa no era difícil, el galán, entusiasmado por los ojos y las palabras de la joven, continuaba requebrándola con gran regocijo y divertimiento de los demás viajeros. Cuando el cobrador se acercó á reclamarles el importe de sus billetes, la joven quiso sacar el portamonedas, pero el anciano seductor se adelantó á ella.

—No, señorita—dijo—de ningún modo; permítame usted...

Ella dió las gracias ruborizándose.

—Realmente, reñorita—prosiguió el arriscado galán—este breve trayecto recorrido en ómnibus figurará entre los viajes más agradables de mi vida; ¡tanto bien derrama sobre mí la presencia de usted!.

—Es usted muy galante.

—Soy muy sincero y sólo deseo demostrar la verdad de lo que digo.

—¿Cómo?

—Rogando á usted se digne aceptar un refresco en cualquier café, donde podríamos charlar libremente.

—Va usted muy de prisa.

—Es porque tengo anhelo de conocer á usted pronto y bien. ¿Acepta usted?

—Puesto que sólo es para hablar, no tengo inconveniente. Baje usted primero. ¿No le parece á usted que es inútil mandar parar el coche?

—Inútil, en efecto—repuso el galán queriendo echárselas de joven. Y sin vacilaciones, puso un pie en el estribo, inclinó el cuerpo, soltó el pasamanos, y ¡paf!..

Cayó sobre el entarugado cuán largo era. Cuando se levantó avergonzado y cubierto de polvo, el ómnibus ya iba lejos, pero no tanto que no pudiese oir las carcajadas de «su conquista», que permanecía en la plataforma retorciéndose los brazos de risa.

En cuanto llegó el vehículo á la *Magdalena*, la jóven, riendo aún, se arrojó en los brazos de Julio, y luego, conforme iban andando, le refirió su aventura.

– ¿Cómo era tu viejo galanteador?

—Grueso, no muy alto, de rostro alegre... llevaba gabán...

—¿Con una verruga cerca de la nariz?

—¿Cómo lo sabes?

—¡Pues... es papá!..

GABRIEL SEGUY.



Buscando las espuelas...

En una finca rústica, distante algunos kilómetros del primer poblado, cayó con un ataque de fiebre perniciosa el primogénito de la familia Resignación, que allí habitaba desde hacía algunos años.

¡Se muere, se muere! gritaban todos, presa de indecible angustia.

¡Qué hacemos en medio de este desamparo!

Y mientras tanto el niño se retorcía en el lecho, presa de horribles convulsiones.

La primera idea luminosa que se le ocurrió al padre de la infeliz criatura, fué llamar á los vecinos más notables del lugar, para ver si sugerían algún expediente inmediato y salvador.

Los notables eran hombres de muy buen criterio y de notoria experiencia, tanto que cuando se moría algún individuo, no vacilaban en declararlo difunto por unanimidad.

Y sabían algo de todo, como es natural en el campo. Sabían, por ejemplo, que la infusión de cucarachas es buena para la pulmonía; que la manteca de gavilán es lo mejor que hay para las hemorroides; que la cresta de gallo masticada es un específico maravilloso para la dentición, y por último, que con la camisa de una mujer sudada, aplicada inmediatamente á la cabeza de un caballo, se salva el animal de una congestión, dado el caso.

Con estos buenos elementos había mucho que esperar.

Y así fué.

Llegaron junto á la familia contristada; vieron el caso, y después de una larga discusión, durante la cual el padre y la madre del paciente estaban con el alma en un hilo, declararon que el caso era muy grave y que si le daba otro ataque se moría.

Un pobre maestro de escuela, de quien nadie hacía el menor caso, y que pasaba por allí la vida, unas veces enseñando á leer y otras muriéndose de hambre, como todos los maestros de escuela, acudió también á la finca para ofrecer sus vervicios; y cuando todos callaron, se atrevió á manifestar que entre sus curiosidades tenía un poco de quinina, y que si se lo permitían, él se lo podría administrar al enfermo.

Para excusarse de su atrevimiento, ante la honorable asamblea, dijo que no era la primera vez que prestara, con buen éxito, esa forma de servicios.

Nadie le hizo el menor caso. ¡ Qué sabía ese hombre!

Lo que hay que hacer, dijo la junta, es ir á buscar médico y medicinas á la ciudad.

Y para eso aquí estoy yo, exclamó uno del grupo. Tengo un caballo volador; monto, devoro la distancia en media hora, practico la diligencia en cinco minutos, y vuelvo con el médico en un abrir y cerrar de ojos.

—Eso es, exclamaron todos: monta, devora la distancia en media hora, practica la diligencia en cinco minutos y vuelve con el médico en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y si se muere el niño en ese ínter?, observaron tímidamente los padres.

—No puede morirse; porque mi caballo se llama « Volador », para que ustedes sepan.

Sí, añadieron los demás, su caballo se llama «Volador».

La minoría se tranquilizó y el hombre de la situación partió en busca de la bestia.

No acababa de bajar la escalera, cuando uno de los notables dijo:

—Apuesto una oreja á que mi compadre está ya ensillando.

—Por supuesto, fué la respuesta general.

– ¡Ya montó! indicó un segundo.

—¡Ya!

—¡Ya estará galopando!

—Por cierto.

—Digo que está subiendo tal vez la *loma chica.*

—A que está pasando la albarrada.

—¡Con el caballo que lleva!

—Quizá va ya muy cerca de las Tres Cruces.

—O pasando por Cerro Pelado.

En estos cálculos transcurrió media hora justa, y todos convinieron en que el rápido mensajero llegaba á la población.

Y siguen calculando:

—Acaba de apearse en la casa del médico... Habla con él... Le manifiesta la gravedad del caso... Me parece que lo estoy viendo.

—El médico le ordena los remedios que deben traerse... Parte á comprarlos... Regresa con ellos... El doctor está ya vestido.

—Bajan juntos... El caballo está piafando en el portal... El doctor pregunta si es manso... Ya monta... Nuestro amigo sube á la grupa y arrancan á galope.

—¡Ay, hijo de mi corazón! exclama la madre. Me parece que está peor.

—No se acobarde, señora; ya vienen... En este momento han perdido de vista la ciudad y suben la Cuesta Grande.

—El que espera desespera, dice el padre.

—Por el camino ha de venir el médico preparando la inyección... No tengan cuidado... Bonifacio es capaz de reventar el caballo; porque cuando él se propone salirse con la suya...

—Preparen una taza con agua, una vela, trapos finos por si pide el doctor.

—Ya ellos deben estar viendo la finca.

—Y Bonifacio ha de decir: esa es, doctor, ya estamos cerca.

—Diez minutos después da un salto y exclama: ¡siento pasos! ¡¡¡Bonifacio!!!

—¡Hola! contesta el nombrado subiendo la escalera.

—¡Qué hombre! ¡Qué hombre! gritan todos. ¡Merece una estatua!

—¿Y el doctor? le interrogaron á la vez.

—¿Qué doctor?

—¡Cómo es eso! ¿El qué fuiste á buscar á la ciudad?

—Si no he ido todavía, porque ando buscando las espuelas, y no parecen.

Un grito desgarrador se oyó en este instante El niño había muerto y la pobre madre caía desmayada junto al cadáver.

JACK THE RIPPER.



La manifestación del lunes

HOMENAJE Á LOS PACIFICADORES



La manifestación organizándose frente á la Bolsa



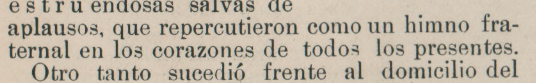
En marcha por la calle Zabala

El lunes último se verificó en nuestra ciudad el «meeting» que el comercio organizaba como demostración de agradecimiento y simpatía al Presidente de la República y doctores José Pedro Ramírez y Alfonso Lamas, principales mediadores que llegaron á consolidar definitivamente la paz recientemente perturbada en nuestra República.

Por la información gráfica que adjuntamos á estas líneas se verá la magnitud que aquella manifestación asumió, que en columnas compactas de varias cuadras de extensión, hacía ascender el número de concurrentes á más de treinta mil almas, quizá más que menos. Esto prueba el anhelo que existía en todo el pueblo, y más aún en la gente conservadora, en el comercio, porque la paz fuera un hecho, y prueba también el agradecimiento de los mismos hacia los tres principales factores de esta conciliación entre gobierno y revolucionarios, á pesar de que no se habían ido aún á las greñas, lo que ha hecho decir al Presidente de la República estas palabras, al tener conocimiento del definitivo abrazo paternal: «No hay que extrañarse. En un país donde existen los arroyos secos y las esquinas redondas, es natural que haya paz sin guerra».

Vista general de la manifestación en la calle Sarandí

Encabezaban la columna del «meeting» algunas personalidades y representantes del alto comercio de esta plaza que al igual de todos los manifestantes llevaban enhiestas banderitas orientales con la leyenda «Paz» cruzada en letras negras sobre los colores de la patria. Después le seguían dos filas de abanderados que hacían la gama de colores, listas y soles de las banderas de todas las naciones que hacen comunión con la nuestra azul y blanca, que se pavoneaba orgullosa del homenaje que se le tributaba. Gente de comercio de todos los ramos, de todas las escalas, dependientes que estaban de asueto á propósito, y en fin, pueblo numeroso y francamente cosmopolita, formaban el resto de la inmensa columna abundantemente matizada por otras banderas orientales y de sociedades locales. Cuatro ó cinco bandas de música de los batallones, de la Escuela de Artes y particulares, daban alegría con conocidas marchas á todo aquel inmenso ambiente humano, que se movía por las calles sonoro y brillante como una inmensa víbora de cascabel. Al enfrentar á la Casa de Gobierno donde se hallaba el primer magistrado en uno de sus balcones rodeado de personas de la situación, los manifestantes explosionaron su simpatías en estruendosas salvas de aplausos, que repercutieron como un himno fraternal en los corazones de todos los presentes.



Otro tanto sucedió frente al domicilio del doctor Alfonso Lamas que acompañado del doctor Ramírez se hallaba en uno de los balcones de su casa presenciando el desfile de los numerosos manifestantes que agitaban sus sombreros en los aires vivando entusiasmados á los distinguidos pacificadores.



En la plaza Independencia



Frente á la Catedral



Primera fila de manifestantes



Segunda y tercera fila de manifestantes

La columna siguió por la calle 18 de Julio hasta la plaza Libertad, al pie de cuya estatua el pueblo empezó á desparramarse por las calles adyacentes dando á nuestra tranquila ciudad el aspecto de una tumultuosa capital europea.

Cuando la cabeza del meeting llegó á la calle Avenida de la Paz, la Comisión se apartó y tomando los carruajes que allí la esperaban se dirigió rápidamente á la Casa de Gobierno.

Además del Presidente de la República y sus ministros esperaban en el salón de audiencias los señores:

Pablo Mañé, Juan Zorrilla de San Martín, Melitón González, Luciano M. Potenze, Augusto Nery, Carlos María de Pena, Felipe Nery, Martín Lasala, Enrique Gradín, Eduardo Brito del Pino, José A. Ferreira, Juan Heguy, Ladislao Rubio, Carlos Peixoto de Abreu Lima, Augusto Morales, Alejandro Beisso, Carlos Nutall, G. V. Galwey, Francisco A. Lanza, Arturo Prats, Pedro Mir, Jacinto Casaravilla, Carlos Adami, Ernesto Fernández Espiro, Ildefonso García Lagos, Luis Piera, Eduardo Acevedo, Antonio Serratosa, Antonio Lussich, Mariano Ferreira, Gonzalo Ramírez, etc.

Una vez en presencia del señor Batlle y Ordóñez, el doctor Juan Zorrilla de San Martín, pronunció un hermoso discurso que fué recibido por los presentes con verdadero entusiasmo.



La manifestación al tomar la calle 18 de Julio



En marcha por la calle 18 de Julio



Grupos de banderas



Soldados del Escuadrón de Seguridad

El puesto de la desgracia

(CUENTO VIEJO)

Para LA ALBORADA.

Figúrense que ño Anselmo, el caudillo del pueblo, se había entusiasmado locamente con Berta, la hija de un humilde puestero, que, por lo buena y por lo linda, estaba conceptuada como modelo de muchachas, y la verdad que era cosa de verla arreglada con los trapitos de día de fiesta cuando, con sencillez encantadora, se hacía ver y admirar en alguna reunión. Era tan inocentona que ni se apercibía de ello, y los agasajos, con que en todas partes se la obsequiaba, no pasaban de ser para ellas más que simples actos de la proverbial cortesía campera.

Como ya estaba en edad de fijar los ojitos en alguna buena proporción, no disimulaba su simpatía por Juan Antonio, quien á más de ser un mozo muy formal y correcto, poseía como bienes una puntita de hacienda y un retazo de campo más que suficiente para cubrir con sus rendimientos las pequeñas necesidades que pudiera crear una modesta familia.

El viejo puestero ya se iba tragando el afecto de Berta por Juan Antonio y parecía resignarse á los amores en perspectiva, cuando alguien le sopló al oído lo de ño Anselmo. Se puso pálido como la cera porque conocía toda la historia de abusos y mezquindades de aquel caudillo, que tenía monopolizado el distrito y regía en él absoluto y arbitrario, y presentía que algo grave le iba á acaecer si al fulano se le antojaba inmiscuirse en las cuestiones del rancho.

Los días pasaban y Berta y Juan Antonio ya habían hablado sus cositas y forjaban planes y cálculos para una fecha próxima. Todas las tardes la pareja tenía sus coloquios íntimos en la tranquera del puesto; pero, eso sí, tranquera por medio.

La intervención temida por el viejo vino por fin á nublar el horizonte limpio y radiante en que la pareja amorosa fundaba sus anhelos y sus esperanzas. Ño Anselmo se presentó un día en el puesto, y después de conversar un rato sobre temas indiferentes, tomó de la mano á Berta y llevándola aparte la habló de promesas de amor y ternura, promesas que estaban reñidas con los hechos de aquel hombre odiado y temido por todos.

Ella le lanzó una negativa rotunda y le dejó plantado. Después ño Anselmo se dirigió al padre; pero éste se excusó observando que la niña se oponía y que á él no le era posible torcer su voluntad imponiéndola un cariño que rechazaba.

La cuestión quedó así hasta el día siguiente en que, á la hora en que los amantes charlaban como de costumbre y el viejo vigilaba como hombre avezado y que conocía hasta qué punto puede llegar la maldad de un hombre sin corazón, se presentó un grupo de gente mercenaria á cuyo frente iba el caudillo y los sorprendió llegando por el lado opuesto del camino.

—Dénse presos—fué el bárbaro saludo del jefe.

—¿Por qué?—contestó Juan Antonio desprendiéndose de su amada que lo sujetaba nerviosamente.

—¿Por qué?—repitió el viejo acercándose con la mano en el facón.

—Ya se lo dirán luego—exclamó uno del grupo.

—No nos entregamos sin motivo—dijeron amante y padre á una.

No hubo más frases; la turba arremetió contra ambos. El puestero dió cuenta de su puño sacando á dos hombres de en medio, pero al fin lo rodearon y fué atado sin piedad lo mismo que un feroz asesino cuya captura hubiera sido celosamente encomendada. Juan Antonio hizo frente á la carga, pero tras una detonación cayó herido de muerte, y Berta, en el colmo de la desesperación, gritó con todo el odio que le inspiró aquella ferocidad:

—¡¡Canalla!! ¡¡Canalla!!—y cayó también exánime junto al padre y al amante, en brazos de uno de los salvajes.

Pasaron algunos meses. El viejo puestero, que vivía encerrado, fué puesto en libertad con la advertencia de que si trataba de vengarse, su hija sería maltratada y muerta. ¡Pobre Berta! se hallaba en Buenos Aires... ¿cómo, con quién?.. el pobre viejo nada pudo averiguar, pero adivinaba la situación de ella.

Se secó, una vez más, aquellos ojos cansados de llorar, y con la cabeza febril é inclinada hacia el pecho destrozado por la pena, salió de la mansión del delincuente y tomó la dirección del puesto de la desgracia. Lo encontró abandonado, deshecho, y lanzando un sollozo de dolor, con el alma destrozada, sin tener ni aún el recurso de la venganza, volvió á tomar el camino del pueblo.

Buscó á ño Anselmo, lo encontró y alzando por última vez su caída cabeza y haciendo resucitar el tono altanero de sus buenos tiempos, ya perdido, le dijo, frente á frente, poniendo en la frase toda la sencillez del gaucho, la ira de víctima de la injusticia, el odio del hombre ofendido y la indignación del padre ultrajado.

—Yo sé que no podré vengarme pero, si pudiera, no olvide que en el fondo del alma se la tengo guardada y si el destino no lo quisiera... me han dicho que hay otra vida y que allí hay justicia. Si es cierto, acuérdese que allí lo acusaré porque mi pobre hija no estará secuestrada.

—Se lo juro... se lo juro... ¡por éstas!—y sintiendo que los sollozos ahogaban á las palabras, maldijo al canalla y fuése campo adentro buscando en la soledad un consuelo para el alma fatigada de sufrir, y descanso para el cuerpo rendido de luchar.

RAMÓN RAONBERDO.

Buenos Aires.

Con yerba se toma mate

Para mi amigo Héctor Crosignani.

No hay en Montevideo quién no lo conozca. ¿Quién no ha visto andar por nuestras calles al simpático negro Félix, «Makumba», como él mismo se llama; mitigando un tanto el fastidio de su renquera con el apoyo de su bastón primitivo?..

La última vez que lo vimos, entablamos el siguiente diálogo:

—Güenas tardes, patroncito. Un favor y disculpe...

—Si puedo...

—Un traguito y un vintencito é yerba; mañana si Dios quiere usté sabe, patronsito, que el negro viejo no falla...

—Adiós mi plata. Ya estás al olio.

—Si nu he vendido un vintén en toda la mañana, patronsito; asín juera. ¿Cuándo estoy del otro lau?.. vendo que da calor, porque entonce pierdo la vergüenza y voy pregoniando juerte y feo: ¡Vendo gramilla, apio cimarrón, la canch'alagua, yerba de Celestina, yerba é lagarto, señora! ¡Traigo culé y traigo la yerba, la contrayerba y las tres hoja!.. ¡Eh?.. y dispués le meto:

Tun gui tunguí tin
Tun gui tunguí tin
Tun gui tunguí tin...

Y eso si no me da por cantarle el contrabajo... ¡Eh?.. Con yerba se toma mate.

—¿Sos músico también?

—¿Si soy músico?, jua jua jua. Haga la prueba, toquemé... toquemé le digo.

Procuré tararear una polka sencilla, y entonces pude ver en los ojos del negro, el inefable gozo que sentía al acompañarme en son de bajo.

De frase en frase yo dejaba un vacío que él aprovechaba perfectamente haciendo juguetear la voz para demostrarme «que hay qui agarrar la güelta al bandolín».

La verdad es que llevaba admirablemente el compás, y se ceñía del mismo modo á la entonación.

—No; si hay qui agarrarle la güelta al bandolín—dijo cuando terminamos—Con yerba se toma mate...

—¿Siempre te hacen la guerra los otros yuyeros?

—Cómo no, patronsito; pero es al cuete, si aquí no hay más yuyero que Makumba... Makumba los va á enterrar á todos dispacito, porque el negro viejo... mire, conmigo nu hay güelo, porque llegando la noche soy hombre pa las mugeres y llegando el día soy hombre pal trabajo. Mire, ayer tuve una qu'esto que el otro po eso mesmo, porque el hombre yo tomo y trago pero no falto á naides; pero, amigo, al hombre el sebo le pareció grasa, y yo que ricién me había peliau con la que vive en las muchas puertas, claro...

—¿Estabas hecho un rinoceronte?

—Con yerba se toma mate. Ese es el orde.

—Siempre el mismo diablo.

—¿Qué quiere? Yo no tengo más falta que tomar un traguito, pero... sigo la güella y no falto á naides, ni á mí tampoco, con la ayuda é la virgen.

—Todo el mundo te respeta. ¿Verdad?

—Cómo no; si los muchachos son todos míos; si á todos los he curau de malas enfermedades. Cáarai, ¿quién me va á querer pa mal? Y que yo también... cuidau conmigo, porque soy medio... Paresé que están carniando. Con yerba se toma mate.

Bueno, vamo á ver si pellizcamo algo pa tomar juerza, porque el hombre uno se topa con Juan y con Pedro y todos son amigos, y una copita en un lau y otra en otro y uno se pasa é dibilidad... Y no conviene. Ese es el orde. Hasta luego si Dios quiere.

Con yerba se toma mate.

Makumba

—

Al retirarse Makumba, la mozada que había escuchado atenta y silenciosamente nuestra conversación, prorrumpió en un «adiós Félix», que se multiplicó á medida del entusiasmo del momento; lo que me hizo pensar que el negro mentía sólo en parte cuando me dijo:

¡Si los muchachos son todos míos; si á todos los he curau de malas enfermedades!

ANTONIO MARTINI.

Guerra

I vo gridando: pace, pace, pace.—*Petrarca.*

Una mancha de sangre se ostenta
En el límpido azul de la patria,
Anunciando el derrambe de un pueblo
Que vive de odios y eterna venganza.

Es el nuncio execrable de guerra,
Patrimonio quizás de la raza,
Cabalgando en sus hombros la muerte
Que puebla los campos de víctimas trágicas.

Asolando la tierra que es madre
Fecunda, del cuerpo y del alma,
Como el hijo que afrenta los senos
Que diéronle vida y calmaron sus ansias.

VÍCTOR BONIFACINO.

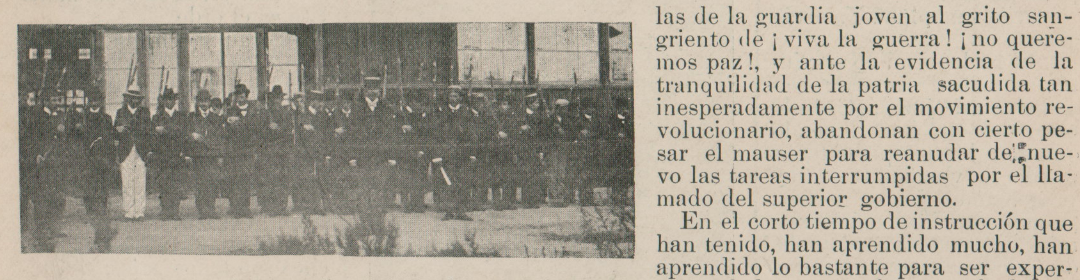
Marzo 1903.

LA GUARDIA NACIONAL--Batallones 1 y 8, al mando de los señores Carlos Travieso y Pedro Carve

A pesar de hallarse completamente restablecida la paz de la República gracias á las hábiles gestiones de los doctores Lamas y Ramírez, la guardia nacional continúa en sus ejercicios diarios aunque no con el entusiasmo de los primeros días. En los cuarteles no se notan ya aquellos grupos animosos que formaban en las filas de la guardia joven al grito sangriento de ¡viva la guerra! ¡no queremos paz!, y ante la evidencia de la tranquilidad de la patria sacudida tan inesperadamente por el movimiento revolucionario, abandonan con cierto pesar el mauser para reanudar de nuevo las tareas interrumpidas por el llamado del superior gobierno.



Batallón núm. 1.—3.ª compañía, capitán doctor Juan F. Lacoste



Batallón núm. 1—4.ª compañía, capitán Domingo Veracierto

En el corto tiempo de instrucción que han tenido, han aprendido mucho, han aprendido lo bastante para ser expertos soldados, conocedores acabados de la nueva táctica. Los batallones están perfectamente militarizados y realizan sus maniobras con el aplomo y seguridad de los cuerpos viejos.

En el Pabellón Nacional antiguo local de una ámplia exposición de productos nacionales, ha plantado sus bases, el plantel que corresponde al número 1 de los guardias nacionales, bajo el comando del señor Carlos Travieso, persona de relevantes méritos que da honra y brillo á la uruguaya patria. El 1.º de G G. N N., debido á la excelente disposición de jefes y subalternos dirigentes, está hoy día en un pie verdaderamente guerrero, apto para entrar en acción, si los acontecimientos lo reclamaran. Tarde á tarde la tropa continúa los ejercicios militares realizando maniobras de batallón en el terreno que rodea al pabellón que les sirve de cuartel. La muchachada con los sacos dados vueltas para no ensuciar con las armas engrasadas las telas de sus trajes, y los pantalones doblados por sus extremos interiores como en los días grises de lluvia torrencial, desfilan á paso redoblado delante de los grupos de curiosos que siguen con atención los movimientos de las distintas compañías. En el barracón de las calles Avenida de la Paz y Mercedes maniobra de una manera análoga el batallón núm. 8. al mando del ciudadado don Pedro E. Carve.



Batallón núm. 8—1.ª compañía, capitán doctor Carlos E. Lenzi

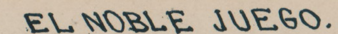


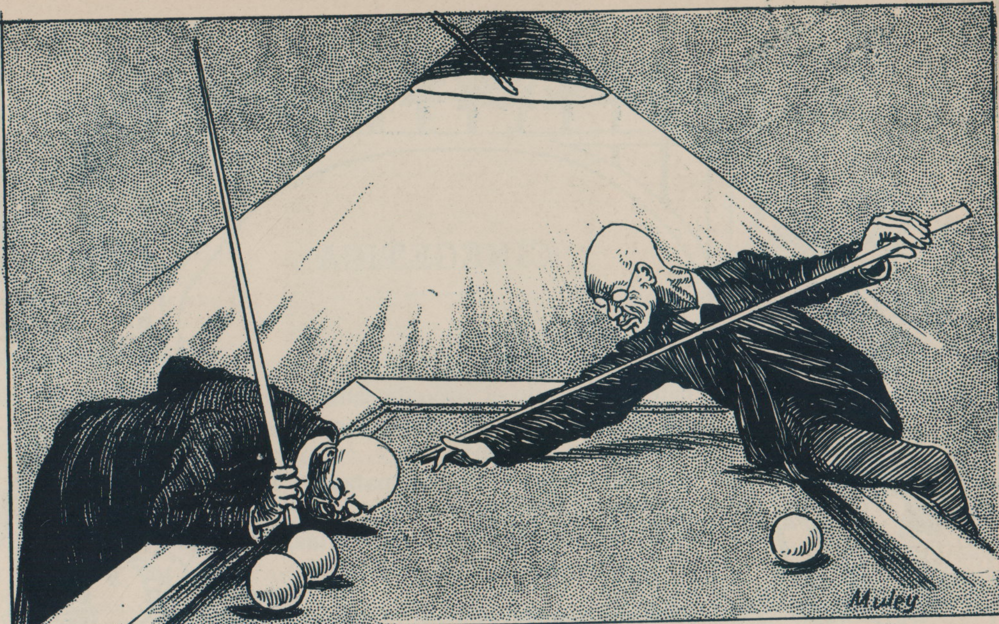
Batallón núm. 8. — Un pelotón de reclutas *Inst. de* LA ALBORADA.

ZELIMA ACEVEDO DE SALOM

✝ EL 17 DE MARZO DE 1903

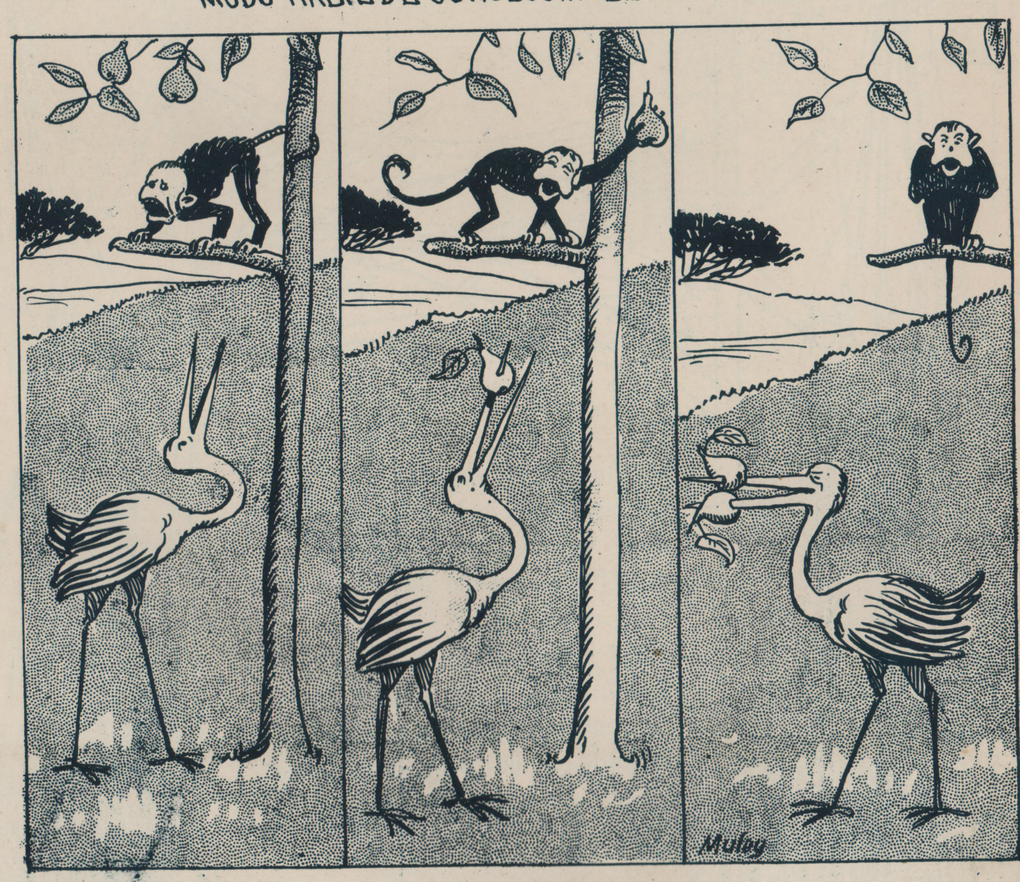
ARTURO SALOM agradece profundamente á todas aquellas personas que lo han acompañado en su duelo, como también á aquellas que se interesaron por la salud de su esposa durante el período de su mortal enfermedad.





¡Que no hará carambola me figuro.
¡Pero que ha de haber palos, es seguro!

MODO HÁBIL DE CONSEGUIR EL POSTRE



CINEGÉTICA

Duerme la loba.
Cual colérica ceja
está encorvado el arco de caoba.
El dardo va, como una enorme abeja
zumbando al viento,
y del ijar á las nerviosas patas
cae un chorro sangriento
cual racimos de abejas escarlatas.

—

Alza un nemrod coloso
el gran bronce del busto entre las ramas.
Crispa un soplo febril su vello de oro,
su tímida nariz resuella flamas.

Brillan de bélico deseo
sus pupilas de halcón en la espesura
y hay heroicas barbaries de trofeo
en la furia triunfal de su escultura.

—

Es un ocaso:
incendiado de sol el bosque arde,
y un águila gigante va de paso
reinando en los azures de la tarde!

LEOPOLDO LUGONE.

1902.

J. Braña.

Una muerte por un perro


Alfredo Palazzo

El lunes 24 del pasado, por una causa verdaderamente nimia, fué herido de un balazo en el vientre, que le costó la vida, el joven Alfredo Palazzo.

En la calle Canelones esquina Daymán, siendo próximamente las 10 1/2 de la noche, se hallaba éste platicando con uno de sus hermanos, cuando acertó á pasar junto á ellos, en compañía de un perro que le seguía á corta distancia, un señor apellidado Hernández.

Sin imaginarse las funestas consecuencias que les traería tan inocente entretenimiento, los hermanos Palazzo empezaron á hostilizar al animalito, que con el rabo entre las piernas y las orejas gachas, en vez de hacer uso de sus mandíbulas, marchó á guarecerse entre las piernas de su dueño. Este, de genio más irascible, sacó la cara por el can, y dando media vuelta se dirigió á los provocadores, con quienes tuvo un fuerte cambio de palabras.

Acalorados pasaron á las vías del hecho, y Hernández sacando un reluciente revólver descerrajó dos tiros sobre sus contendores, cuyos proyectiles desgraciadamente dieron en el blanco. Alfredo Palazzo fué herido de gravedad en la región abdominal, de cuyas consecuencias murió al día siguiente, víctima de los mayores dolores. Su hermano recibió una lesión en el brazo izquierdo.

Era la víctima un estudiante aventajado de bachillerato, de raras y relevantes condiciones morales.

El batallón de GG. NN. núm. 4, formado todo por elemento universitario, concurrió en masa al entierro del infortunado compañero, lo que es una elocuente demostración de simpatía.

El accidente al maestro Puccini


El maestro Puccini en su automóvil

El 25 de febrero del año corriente un accidente desgraciado que pudo tener fatales consecuencias, conmovió hondamente á todo el viejo continente, provocando al mismo tiempo un sentimiento de afecto y admiración por el delicado autor de *Bohème*. El día citado Puccini tornaba en su ligero automóvil de ocho caballos, de una excursión á Lucca. Lo acompañaban su señora, su hijo y un mecánico. Al fondo del camino existía una larga fila de árboles recientemente tallados que una vez divisados hicieron al conductor variar la dirección del vehículo. Pero esa rápida evolución no pudo evitar que una mala maniobra lanzara á viajeros y automóvil á un precipicio. La caída fué violenta, y de ella resultó el mecánico con el fémur izquierdo fracturado, la señora de Puccini y su hijo con ligeras contusiones en varias partes del cuerpo, y el ilustre maestro con su pierna derecha fracturada á la altura de la rodilla.

Notas sportivas

La reunión hípica que tendrá lugar mañana en el Hipódromo Nacional de Maroñas, si bien no merece la clasificación de sobresaliente, pasa por lo menos de lo general por las buenas y numerosas inscripciones que cuenta cada carrera.

La primera prueba, compuesta de seis perdedores, debe ser ganada por Cathay ó Albricias.

Numeroso es el campo de la segunda carrera. Doce inscripciones, en que todas cuentan con más ó menos probabilidades para la victoria.

La opinión está muy dividida, pues mientras unos pronostican el triunfo de Acomodo á pesar de llevar el mayor peso, otros indican á Damita ó Digón, etc.

Si nuestras noticias, adquiridas de buena fuente, resultan exactas, no será difícil que los cálculos de la cátedra no respondan á sus deseos. Hay muchos dueños que van en golpe y esto demuestra que á todos les gusta. Y entonces, ¿quién ganará? preguntará el lector, y nosotros le contestaremos, que sin considerar infalible nuestro anuncio, el ganador debe buscarlo entre los pesos bajos. Esto es lo que podemos adelantar por el momento.

¿El premio clásico Otoño, será una victoria fácil para Calepino? si no nos equivocamos así sucederá, salvo que Zazá, que anda corriendo muy bien, y Kartoum, el potrillo de fierro del stud Chantilly, no dispongan lo contrario.

En la cuarta carrera se impone para la victoria Farsante, potrillo que tan buena impresión dejó el día de su debut, pero esto no es una razón para que se olvide á Chulo, que llegó á los flancos de aquél, después de haber tenido que sufrir un pequeño contratiempo en la partida que lo obligó á correr de atrás.

Paolín y Lybia son nuestros candidatos en el premio Zazá, y Nativa y Uruguayo en la última.

En resumen, nuestros candidatos son:

1.ª carrera. . . .	Cathay
2.ª »	Cincinato ó Meca
3.ª »	Calepino
4.ª »	Chulo
5.ª »	Lybia
6.ª »	Nativa ó Lingote

Actualidad extranjera



El jubileo pontifical



Tiara ofrecida por el orbe católico á S. S. León XIII

En Roma acaba de celebrarse, el 20 de febrero, el 25.º aniversario del pontificado de León XIII. Cuando subió al pontificado el cardenal Pecci tenía 68 años. Todos pronunciaban la conocida frase: *lo han electo viejo, para elegirle pronto sucesor*. Y el elegido dijo: *no viviré mucho, cuando más tres ó cuatro años en la cátedra de San Pedro*. Y en cambio, hace ya veinticinco años que este papa venerable gobierna los destinos de la Iglesia, rodeado de un prestigio maravilloso. Junto á este viejo de 93 años se destaca la figura severa, aristocrática del más tenaz diplomático que el Vaticano haya tenido en estos últimos cien años, el cardenal Rampolla del Tindaro, secretario de Estado, el alma de aquella política que ha dado al pontificado de León XIII el carácter típico de una firme aunque disimulada intransigencia que sobrepone á las dificultades universales, en la evolución impuesta por el tiempo, toda la forma de una severidad y de una dignidad tales, que desprecian los bienes temporales para obtener el respeto universal.



Los macedónicos en casa de la señora Bakmetieff



La Cruz Roja en la frontera búlgara repartiendo raciones á los fugitivos



Carros de la Cruz Roja conduciendo á los fugitivos

— Con motivo de las feroces persecuciones que el tirano macedónico impone á la población, ésta se ve obligada á emigrar como parias, refugiándose en número considerable en el vecino país de Bulgaria.

Sin embargo, escasa es la ayuda que los búlgaros pueden ofrecer á sus hermanos macedónicos que se encuentran en las fronteras de su patria, en un estado verdaderamente lastimoso.

Eso les ha valido la ayuda generosa de la Cruz Roja que se desvela por prestar toda clase de auxilios á los desgraciados.

En uno de nuestros grabados aparece la señora Bakmetieff, esposa del agente diplomático ruso en Sofía, refugiando en su casa particular á un grandísimo número de desdichados.

Un drama en una bohardilla

Emilio Chenieux se suicidó en su bohardilla de la calle de Santa Eufrasia. Era un pobre chico, de aspecto triste, cuyas melenas rubias escondían á medias la lividez del rostro. ¿Su profesión? Pintor.

Al terminar sus estudios en la Escuela de Bellas Artes, se alejó del Barrio Latino y fué á buscar en Montmartre, entre artistas ya célebres, la celebridad y la fortuna á que creía tener derecho. Porque Chenieux era un convencido, un sincero, un optimista.



Je suis venu calme horphelin,
riche de mes seuls yeux tranquilles
vers les hommes des grandes villes
ils ne m'ont pas trouvé malin.

El joven pintor tardó mucho en comprender que los hombres de las grandes ciudades no le encontraban «malín»; que sus cuadros no se vendían, que los millonarios no iban á encargarle retratos; y cuando lo comprendió sintióse triste, mas no humillado.

—París tiene muy mal gusto dijo.—Entre las obras de Bonnat y mis obras, prefieren las de Bonnat. Para hacerles ver lo que valgo, será necesario que me muera de hambre... Lo haré...

No lo hizo, sin embargo. Una chica morena, una parisiense esbelta y graciosa le ofreció su corazón en cambio de la mitad de su miseria. Queriéndose mucho, los pobres chicos se consolaron de la muerte de sus ilusiones. El había soñado en ser académico, príncipe del arte; ella en ser bailarina de la Opera, reina de la moda. En el cuartillo obscuro que habitaban, fueron, sencillamente, muy dichosos, cuando después de haber trabajado durante todo el día, lograron comer de noche.

Chenieux pintaba cuadritos de género, escenas parisienses ejecutadas de «chic», sin modelo, con los colores baratos, sin cobalto, sin cromos, sin carmines, hechos en las dos horas durante las cuales, muy temprano, el sol se asomaba á su ventanilla. Luego, á la hora del ajenjo, mientras el París tranquilo y acomodado espera, en las terrazas de los cafés, que la sopa esté servida, íbase por las calles á ofrecer sus obras.

—Cómpreme usted este cuadro... yo soy el autor... en lo que usted quiera darme.

No; no lo olvidaré nunca, la voz tímida, la voz suplicante, la voz doliente que decía eso todos los días; no olvidaré nunca aquellas palabras más tristes, que el más triste «¡por el amor de Dios!» de un ciego más triste que todo, tristes como la tristeza misma. Ni olvidaré tampoco, la figura lamentable del artista desgraciado. Alto, con ojos muy claros, ojos de miope, hechos para llorar, con la barba de oro y seda, enteramente inculta, iba el infeliz envuelto en una capa sin color, bajo las alas de un inmenso fieltro á lo Cyrano.

El fieltro constituía su único vanidad; su único orgullo; y á veces, al pasar frente á un espejo, levantábale el ala derecha é inclinábale la izquierda, con objeto de conservarle siempre su aire donjuanesco.

En los días, para él providenciales, ganaba un duro. Entonces en su bohardilla se tomaba vino de lo bueno, del de á dos reales el litro; y los besos hacían oir sonoras y numerosas rimas. Pero ¿y los días malos? ¿Y los días en que los burgueses no se sentían capaces de ser Mecenas por dos pesetas? ¿Y los días en que los amos de cafes, malhumorado, le echaban á la calle de mala manera?

Sin embargo, vivían. Eran humildes. Eran la resignación. Eran el idilio doloroso.

Ultimamente Chenieux sintió que su vista se debilitaba.

—¿Este es el verde? preguntó.

—No, le contesta su amada—es el rojo.

Dejó caer los pinceles, y lloró... ¡Sus pobres ojos, que no podían ya ver, podían llorar aún. Lloró!.. En la noche, los vecinos le encontraron colgado de una viga...

E. GÓMEZ CARRILLO

Programa oficial de "La Alborada" para la reunión de carreras del domingo 5 de Abril de 1903

Comisarios del mes de abril: señores doctor Eduardo Vargas, Domingo Piñeyrúa y G. Piccioli

1.ª carrera—Premio «Nativa»

Para perdedores y ganadores de una carrera en todo tiempo.—Distancia: 1200 metros aproxim.—Entrada: $ 10.—Premio: $ 300.—Peso por edad.—Los perdedores hasta de 4 carreras en todo tiempo, 3 kilog. de alivio.—Los de 5 ó más 5 kilog.—A las 2 p. m.

			ed.	ps.		
E. Capricho	«Vermouth»	alazán	4	59	Neápolis—Vendetta	ch. blanca g. punzó
S. Gordon	«Cathy»	zaina	4	57	Offenheit—Catel	ch. azul g. oro.
S. Principiante	«Wortk»	tostado	3	57	Saint-Mirin—Modiste	ch. az. á lun. oro g. a. y o.
S. Uruguay	«Albricias»	zaina	3	57	Progreso—Bettina	ch. celeste g. blanca.
S. La Sierra	«Gatita»	dora'lla.	3	55	Guerrillero—Ametra'dora	ch. p. y n. á r. h. g p. y n.
S. Apolo	«Vidalita»	zaina	3	50	Offenheit—Vivandera	ch. turquesa g. col.

2.ª carrera—Premio «Damita»

Handicap para todo caballo.—Distancia: 1300 metros aprox.—Entrada: $ 15.—Forfait: $ 5.—Premio: $ 400 al 1.° y $ 50 al 2.°.—A las 2 y 35 p. m.

S. S. Lucía	«Acomodo»	oscuro	6	60	Salomón—Princesa	ch. col. g. y mgs. oro vjo.
S. Cololó	«Digon»	zaino	3	56	Progreso—Ondina	ch. y g. col. bda. y mg. n.
R. Guadalupe	«Damita»	zaina	4	55	Aquiles—Doña Juanita	ch. violeta g. naranja
S. Lutece	«Zorro»	alazán	7	54	Oriental—Calaguala	ch. punzó mgs. y g. am.
S. Cuaró	«Meca»	alazana	4	51	Guerrillero—Iona	ch. marrón g. oro
S. Uruguay	«Chipá»	zaina	3	50	Progreso—Vanda	ch. celeste g. blanca
S. Redención	«Dandy»	zaino	5	50	Prometeo—Vivandera	ch. celeste g. colorada
E. Chantilly	«Cincinato»	alazán	3	50	Offenheit—Circé	ch. y g. punzó
S. Tejera	«Chiquito»	zaino	3	47	Express—Favorita	ch. punzó á lun. bls. g. p.
S. Latino	«Góndola»	alazán	4	46	Express—Louise-Michel	ch. y g. col. y negra
E. Clover	«Uruguayo»	zaino	3	46	Júpiter—Melilla	ch. az. mg. oro g. az. y o.
S. Los Ideales	«Victoria»	zaina	4	40	Duke ó Berwich y Amy	ch. b. e. p. ms. y g. bl. p.

3.ª carrera—Premio «Otoño»

Para todo caballo.—Distancia: 1400 metros.—Premio 700 $ al 1.° y $ 100 al 2.°.—Entrada: $ 20.—Forfait: $ 10.—Peso por edad—A las 3.10 p. m.

S. Tormentoso	«Ventarrón»	zaino	5	59	Exmoor—Mireille	ch. y g. g. y b. á ray. h.
E. Clover	«Hierro»	alazán	4	59	Saint-Honorat--Hippolyte	ch. az. mgs. oro g. a. y o.
E. Chantilly	«Kartoum»	alazán	4	59	El Amigo—Violette	ch. y g. punzó
S. Girondino	«Calepino»	alazán	3	57	Camors—Belle Rake	ch. negra g. punzó
S. Oriental	«Coraza»	zaina	6	57	Guerrillero—La Marechale	ch. v. bda. n. g. punzó
S. Santa Lucía	«Monja»	alazana	5	57	Hannover—Muchacha	ch. col. mgs. y g. oro vie.
S. Cololó	«Zazá»	zaina	3	55	Napoleón—Zig-Zag	ch. y g. col. ms. y b. ng.

4.ª carrera—Premio «Calandria»

Para productos de 2 años que no hayan ganado.—Distancia: 1000 metros.—Entrada: $ 10.—Premio $ 350 al 1.° y $ 50 al 2.°.—Peso 54 y 52.—A las 3.45 p. m.

S. Cololó	«Farsante»	zaino	2	54	Exmoor—Marianita	ch. y g. col ms. y bd. ng.
E. Clover	«Chulo»	zaino	2	54	Júpiter—Pobrecita	ch. az. mgs. o. g. az. y o.
H. Esteves	«Alta Gracia»	alazana	2	52	Guerrillero—Trinchera	ch. col. g. y mgs. o. viej.
S. Sorpresa	«Gloria»	zaina	2	52	Guerrillero—Dinamita	ch. bl. bda. y g. oro
S. Apolo	«Bruma»	alazana	2	52	Litigation—Violeta	ch. turquesa g. col.
R. Guadalupe	«Chasel»	zaina	2	52	Progreso—Aigrette	ch. violeta g. oro

5.ª carrera—Premio «Zazá»

Handicap para todo caballo.—Distancia: 2000 metros aprox.—Entrada: $ 15.—Forfait: $ 5. — Premio: $ 450, al 1.° y $ 50 al 2.°.—A las 4.25 p. m.

			ed.	ps.		
E. Clover	«Paolín»	alazán	4	60	Bolívar—Bettina	ch. az. m. o. g. az. y oro
S. Cuaró	«Mario»	zaino	4	57	Jonquill—Love-Leter	ch. marrón g. oro
S. Cololó	«Kandahar»	alazán	4	53	Asturian—Soledad	ch. y g. col. mgs. y b. n.
S. Los Pinos	«Lybia»	zaina	6	51	Hervidero—Fornarina	ch. turq. bda. y g. punzó
S. Yatay	«Cassio»	alazán	6	50	Camors—Delicada	ch. az. mar á lun. blans.
S. El Bosque	«Clío»	zaina	6	50	Acheron—Calandria	ch. am. y neg. g. colorada
S. Apolo	«Yararaca»	zaina	4	45	Exmoor—Serpentina	ch. turquesa g. colorada

6.ª carrera—Premio «Bettina»

Handicap para caballos de 3 años.—Distancia: 1300 metros aprox.—Entrada: 10 $—Forfait: $ 5.—Premio: $ 350 al 1.° y $ 50 al 2.°.—A las 5 p. m.

S. Cololó	«Digón»	zaino	3	58	Progreso—Ondina	ch. y g. c. bd. y mgs. ng.
S. Salsipuedes	«Lingote»	zaino	3	54	Gay-Hermit--Mascotte	ch. puz. mgs. y g. violeta
S. Miguelete	«La Flecha»	alazana	3	54	Neápolis—Fosette	ch. y g. o. y v. á ray. h.
S. Urugnay	«Chipá»	zaino	3	53	Progreso—Vanda	ch. celeste g. blanca.
S. Exmoor	«Nativa»	zaina	3	52	Lucrecio—Ilusión	ch. r. á lun. n. g. r. y ng.
E. Chantilly	«Cincinato»	alazán	3	52	Offenheit—Circé	ch. y g. punzó
S. Oriental	«Belona»	zaina	3	48	Guerrillero—La Marechale	ch. v. bda. neg. g. punzó
E. Clover	«Uruguayo»	zaino	3	48	Júpiter—Melilla	ch. az. mgs. o. g. a. y o.
S. Flanqueadores	«Húsar»	alazán	3	43	Guerrillero—Garita	ch. bl. mgs. y g. punzó
S. Apolo	«Vidalita»	zaina	3	43	Offenheit—Vivandera	ch. turquesa g. colorada

Todas las carreras se largarán con *Starting Gate*.

Las condiciones de este programa se refieren al momento de la carrera.

Media hora antes de la fijada en el programa para cada carrera, el propietario ó su mandatario inscribirá en la pizarra de la balanza el nombre de los caballos que hayan de correr. Si esta declaración no se hiciera ó se efectuara fuera de tiempo, el propietario no podrá hacer correr sino mediante el pago de 10 pesos de multa por cada caballo.

Si el caballo inscrito en la pizarra no corre por causa imputable al propietario ó sus dependientes, abonará 50 pesos de multa.—(Artículo 47 del Reglamento).

Los precios son: Palco, Paddock y Circo, $ 2.00.—Palco y Circo, $ 1.00. — Circo, $ 0.50. — Carruajes $ 0.50.

La primera carrera se correrá á las 2 p. m.

El Ferrocarril saldrá á la 1.20 p. m. de la esquina de Daymán y Miguelete, cobrando 30 centésimos ida y vuelta en primera y 20 centésimos en segunda. El tren de la Unión hará correr trenes hasta el Hipódromo cada 6 minutos.

NOTA ADMINISTRATIVA

Se ruega encarecidamente á los señores que más abajo se detallan, tengan á bien chancelar sus deudas á la mayor brevedad.

José María Corral—Rivera	$	27.04
Demetrio Errausquin—Maldonado	»	13.43
Saturnino Mernies—Mercedes.	»	9.00
Eustaquio B. Curbelo—San Carlos	»	11.40
Elvira García—Parado	»	9.10
Guillermo Wilson—Rosario Oriental	»	8 64
Francisco M. Sánchez—Minas	»	7.40
Miguel Balvela—Itapebí.	»	14.10
Nemesio Ruiz (hijo)—Sauce del Olimar	$	10.20
Alfredo M. Luc—Estación Cazot.	»	7.80
Marcelino Moas—San Fructuoso	»	31.80
Eduardo Cano Aberasturi—Rivera	»	10.80
Pablo C. Godoy—Cerros de la Calera	»	15.40
Vicente Bravo—San José	»	12.30
Gregorio García—San Carlos	»	5.80
Jesús Sosa—Florida	»	7.20

Montevideo, Enero 25 de 1903.

Talleres de "EL SIGLO ILUSTRADO", 18 de Julio, núm. 23.--MONTEVIDEO

Las historias de Juan María Cabidoulin

POR JULIO VERNE

—¡Monstruo! .. ¡ monstruo!—repitió M. Bourcart.

Y á pesar de ello parecía evidente, lo mismo que el doctor Filhiol, el segundo y el contramaestre Ollive, rehusaba aún admitir la existencia de un animal, serpiente gigantesca ó sauriano colosal capaz de arrastrar un navío de 500 toneladas con aquella inverosimil impetuosidad. Un reflujo provocado por alguna conmoción submarina, una marea de infinito poder, todo lo que se quisiera, excepto creer las absurdas historias de Juan María Cabidoulin.

La noche transcurrió en estas condiciones. Ni la dirección ni la posición del barco se habían modificado. Al amanecer, el capitán Bourcart y sus compañeros quisieron observar el estado de la mar. Suponiendo que el tonelero tuviera razón, ¿quién sabe si el animal no mostraría algunas partes de su cuerpo, y aún ser posible herirle mortalmente, librando al navío de su formidable abrazo? ¿Pertenecía á ese género de cefalópedos, conocidos con el nombre de pulpos, con cabeza de caballo, pico de buitre y tentáculos que se habían agarrado en torno del *Saint-Enoch* ¿No se le podría más bien considerar comprendido entre los artículados cubiertos por espeso caparazón, plesiosauros, cocodrillos gigantes?...¿Era uno de eso calamares, krakens ó mantas ya visto en algunos parajes del Atlántico ó del Pacífico, de dimensiones que ni soñar se pueden?

Llegó el día, día tristón cubierto de opaca niebla. Nada dejaba prever que esta se disolviese ni perdiera su extraordinaria intensidad.

Era tal la velocidad del *Saint-Enoch*, que el aire azotaba los rostros como metralla. Fué imposible mantenerse sobre el puente. M. Bourcart y sus oficiales tuvieron que resguardarse en el interior. El contramaestre Ollive intentó arrastrarse hasta el empalletado; pero no pudo conseguirlo, y fué lanzado tan brutalmente, que faltó poco para que se estrellase contra la escalera de la toldilla.

—¡Veinte mil diablos!—exclamó cuando los dos tenientes le hubieron levantado. ¡He creído que no quedaría en estado de pagar la botella á ese viejo bestia Cabidoulin!

El capitán Bourcart había advertido que el *Saint-Enoch*, cogido de través, se inclinaba á babor hasta hacer creer que iba á irse á pique.

La tripulación no había abandonado ni el puesto ni el castillo. En medio de las brumas hubiera sido difícil comunicarse desde la proa á la popa. Por fortuna, la despensa contenía bastantes víveres, bizcochos y conservas, para asegurar la ali mentación á bordo.

—¿Qué hacer? dijo el segundo.

—Veremos, Heurtaux--respondió monsieur Bourcart.—Esta situación no puede prolongarse.

—¡A menos que no seamos arrastrados hasta el mar glacial!—respondió el teniente Allotte.

—¡Y que el *Saint-Enoch* haya podido resistir!—añadió el teniente Coquebert.

En este momento, á los mugidos que al parecer. se escapaban de las bajas zonas, se unió un estrépito espantoso. Enseguida el contramaestre Ollive, que se arrastró hasta la toldilla, gritó:

—¡La arboladura acaba de caer!

Suerte fué que nadie se hubiera aventurado á salir al puente. Obenques, brandales, estays habían cedido á las sacudidas del barco. Los masteleros de juanetes y los de gavia se habían caído con sus vergas. Sólo restaban los palos menores con sus gavias, contra las que golpeaban las velas, que no tardaron en volar hechas pedazos. El navío, desamparado de tal modo, no perdió nada de su velocidad, y los restos caídos le seguían en aquel irresistible arrastre hacia el Norte del Pacífico.

¡Ah! .. ¡mi pobre *Saint-Enoch!*

Hasta entonces no había perdido la esperanza de que su barco pudiese emprender de nuevo la navegación en condiciones normales. En efecto: aun admitida la existencia de un monstruo marino, era evidente que el tal monstruo, por poderoso que fuera, no tendría fuerza para arrastrar al *Saint-Enoch* al abismo.

Lo hubiera ya hecho; asi, pues, acabaría por fatigarse con tal carga y no iría á estrellarse con él en algún litoral de la costa asiática ó de la costa americana.

¡Sí! . M. Bourcart había, hasta entonces, esperado que el navío saldría del peligro sano y salvo. Pero al presente, sin mástiles ni velas, y en la imposibilidad de reparar sus averías, ¿qué se podía esperar?

Situación extraordinaria en verdad, y Juan María Cabidoulin no se engañaba, al decir:

—¡No se ha visto todo lo que hay que ver en cosas del mar! . ¡Aún queda mucho!

Sin embargo. no eran el capitán Bourcart y sus oficiales hombres que se dejasen vencer por la desesperación. Mientras aquel casco estuviera bajo sus pies no creerían haber perdido todas las probabilidades de salvación. ¿Pero podrían vencer el terror al que los tripulantes se abandonaban?

Los relojes indicaban las ocho de la mañana. Habían, pues, transcurrido doce horas desde que el *Saint Enoch* se había puesto en marcha.

Evidentemente, la fuerza de tracción, cualquiera que ella fuese, debía ser prodigiosa, y no menos prodigiosa la velocidad impresa al barco. Por lo demás, algunos sabios han calculado (¡que no han calculado y que no calcularán en lo porvenir!) el poder de los grandes cetáceos. Una ballena de 23 metros de longitud y de 70 toneladas de peso, posee la fuerza de 140 caballos de vapor ó sea la de 420 caballos de tiro, fuerza que no desarrollan las más perfeccionadas locomotoras. ¿Quizás, como decía el doctor Filhiol, llegará un día en que los barcos se harán remolcar por un tiro de ballenas, y los globos por águilas, cóndores ó buitres? En fin, por las cifras indicadas puede calcularse cual debía ser la fuerza mecánica de un monstruo marino

